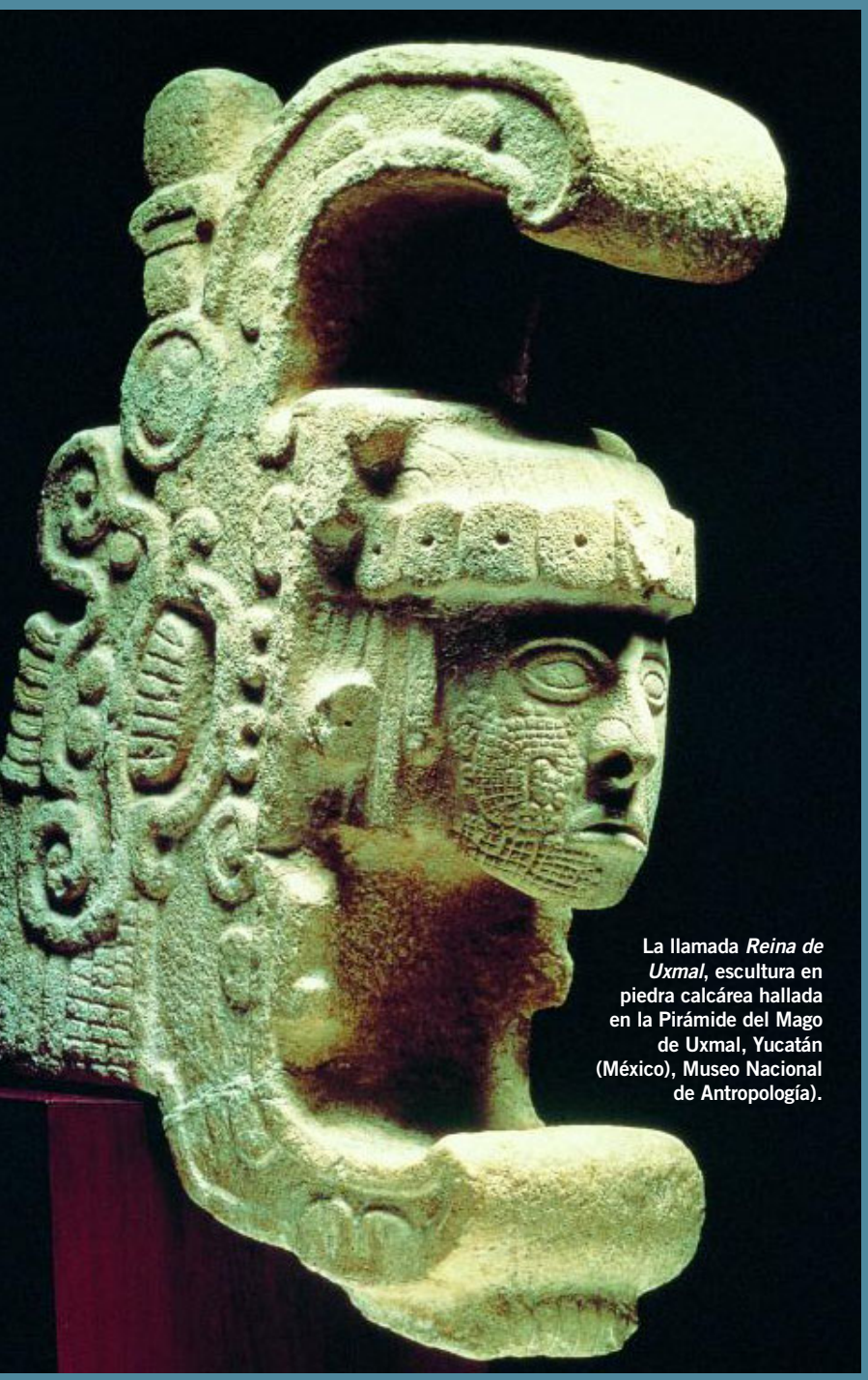
LOS MAYAS

Realidad y enigma



La llamada *Reina de Uxmal*, escultura en piedra calcárea hallada en la Pirámide del Mago de Uxmal, Yucatán (México), Museo Nacional de Antropología).

Un halo de misterio sigue rodeando a la civilización de los mayas, una de las más refinadas y complejas de Mesoamérica en el período prehispánico, con asentamientos en lo que hoy son Guatemala, México, Honduras, Belice y El Salvador. Ahora, la película *Apocalypto,* de Mel Gibson, populariza su milenaria historia

160. Señores de la selva
Andrés Ciudad Ruiz

168. Pirámides y reyes
María Josefa Iglesias Ponce de León

176. Bajo el signo de los astros
Alfonso Lacadena García-Gallo

180. Apocalypto
Andrés Ciudad Ruiz

Señores de la Selva

Estatuilla cerámica representando a un guerrero, procedente de la isla de Jaina (Campeche, México), finales del Período Clásico, siglos VII-VIII.

Los mayas protagonizaron una de las más refinadas civilizaciones surgidas en el área mesoamericana. **Andrés Ciudad** estudia sus orígenes milenarios, su compleja organización social urbana, sus conocimientos y creencias, así como sus diversos avatares hasta la llegada de los españoles

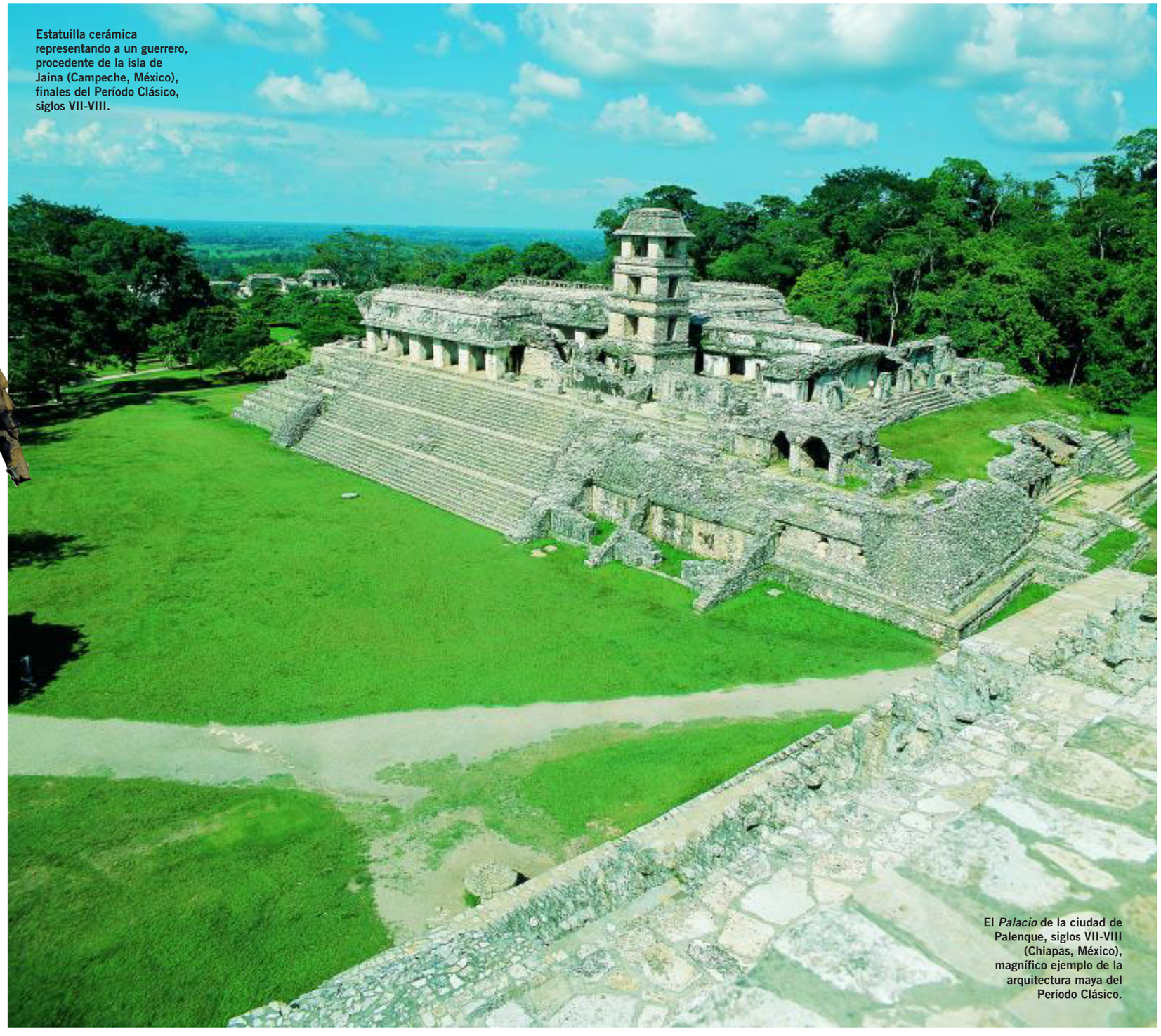
No han los indios perdido sino ganado con la ida de la nación española..., sus primeros fundadores, malos padres que los engendraron en pecado e hijos de la ira… no les supieron dar orden (para que) careciesen de (los) errores tantos y tales como en los que han vivido…".

Esta actitud del obispo Diego de Landa, asentada en su *Relación de las cosas de Yucatán* (1560), contrasta con la sorpresa que demuestra Cristóbal Colón cuando, en el curso de su cuarto viaje, descubre en 1502 una canoa maya que navega frente a las costas de Honduras.

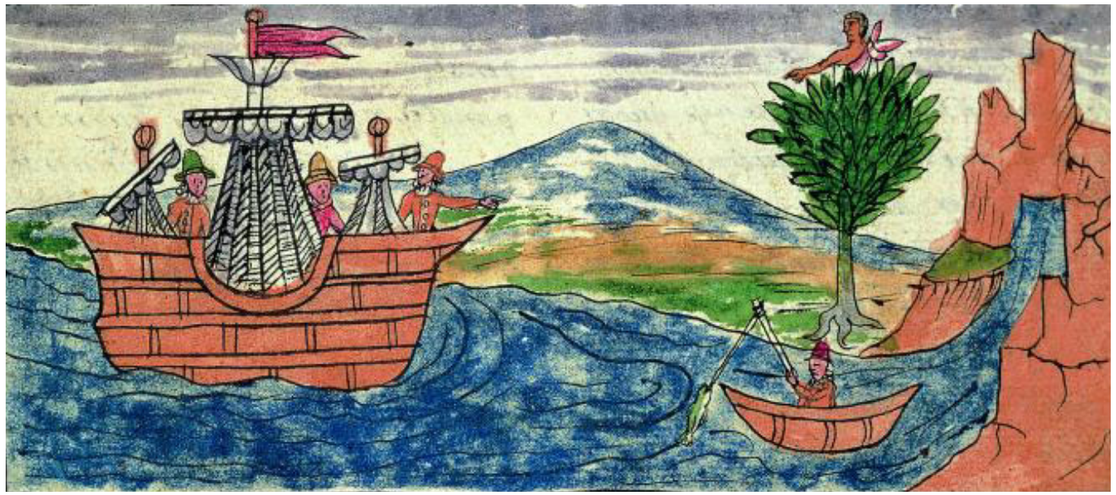
Andrés Ciudad Ruiz es catedrático de Historia de América, UCM.

El Almirante valora en sus escritos la cantidad, variedad y calidad de los bienes que transporta, y se admira de la sofisticación cultural que transmiten sus ocupantes. Sin duda, la intención, la sensibilidad y la experiencia de cada uno de estos dos personajes es distinta, pero recoge dos maneras de contemplar al "otro", al indígena americano que, en cierta medida, y con los cambios lógicos del proceso histórico, persisten hoy en día.

El bagaje cultural de estos comerciantes mayas y de la civilización que representan no es fruto del azar, ni obedece a procesos históricos inmediatos o ajenos; al contrario, estos navegantes participan de una sociedad que hunde sus raíces en milenios de tradición, en la que



El *Palacio* de la ciudad de Palenque, siglos VII-VIII (Chiapas, México), magnífico ejemplo de la arquitectura maya del Período Clásico.



Llegada de los españoles al Yucatán, según una ilustración de *Historia de las Indias*, manuscrito de D. Durán, hacia 1579, Madrid, B. Nacional.

se han desarrollado conocimientos, instituciones, estructuras, ideologías y tecnologías altamente evolucionados. No es una tradición en exclusiva maya, sino que acoge en su seno diseños culturales que conviven en un área de tradiciones compartidas, que los expertos conocemos con el nombre de Mesoamérica, y que identifica un área de civilización.

Las civilizaciones antiguas incluyen en sus registros culturales rasgos y estructuras básicas que, a simple vista, resultan comunes a todas ellas: grandes centros urbanos, suntuosos palacios, impresionantes edificios religiosos, bellas obras de arte escultórico y pictórico y lujosas tumbas repletas de productos exóticos de gran destreza artística se combinan con sofisticadas técnicas, instituciones complejas, religiones centralizadas y avanzados conocimientos. La cultura maya no es una excepción: su milenaria tradición cultural y su pertenencia a un área de civilización culminaron con una evolución compleja que hoy día asombra al profano por la belleza de sus manifestaciones artísticas y sus logros intelectuales.

Una evolución milenaria

Esta larga trayectoria evolutiva tiene antecedentes lejanos en pequeñas bandas de cazadores y recolectores nómadas, instalados en el área maya hacia 9000 a.C., en un momento en que el Pleistoceno toca a su fin y obliga a estos grupos a introducir modificaciones en su economía de subsistencia, consistente en la manipulación de los recursos de origen vegetal: un largo camino que culminará con el desarrollo de la agricultura hacia 2000 a.C.

Esta alternativa económica y sociocultural requiere de patrones de comportamiento que ya identificamos como mayas, y se desarrolla en el denominado período Preclásico (2000 a.C. a 250 d.C.), cuando se perfilan las bases en que se asienta la civilización mesoamericana. El dominio de la agricultura favorece el uso de la cerámica y la sedentarización por medio de aldeas socialmente igualitarias, como las que existen en la fase temporal conocida como Barra (1850-1650 a.C.) que, distribuidas desde la costa del Pacífico hasta la del Golfo de México, introducen pautas que garantizan la propiedad de los territorios en que se instalan –tales como el culto a los antepasados–, y practican rituales chamanísticos, muchos de ellos dedicados a la fertilidad de la tierra y del grupo humano.

Con el tiempo, el control del territorio y de las técnicas de trabajo de la tierra originan cierta diferenciación social interna y los primeros centros de integración hacia 1650 a.C. La referida estratificación se consolida con la influencia olmeca de la costa del Golfo de México, que se evidencia en la ideología y la organización de los centros (montículos, estelas y altares grabados, sistema de escritura y calendario); rasgos que se combinan en el primer milenio antes de nuestra Era para definir el "estilo" de la civilización mesoamericana: el modelo de templo y de palacio, el sistema de propaganda política, el tipo de divinidades, o de aportes intelectuales como la escritura y el calendario, y demás. Acompañan a estos rasgos jerarquías sociales con diferente acceso a los recursos y, con ellas, la construcción de impresionantes recintos urbanos repletos de arquitectura monumental asociada con magníficas esculturas y con recintos funerarios ocupados por ricas ofrendas. En este momento surgen las primeras ciudades mayas.

LAS COMUNIDADES MAYAS SE ORGANIZAN EN CIUDADES-ESTADO AUTÓNOMAS, CON REYES QUE LEGITIMAN SU PODER EN EL ORIGEN DIVINO

Estas ciudades incipientes preludian, como ya lo hicieron antes en Mesopotamia, China o Egipto, un nivel organizativo típico de las jefaturas complejas y de los Estados arcaicos. La arqueología documenta un rápido incremento poblacional y el desarrollo de organizaciones estratificadas, como testimonian los elaborados restos funerarios, la consolidación de un estilo propio en la arquitectura, el arte y la especialización artesanal. Uno de los acontecimientos más notorios es el uso de la escritura jeroglífica.

Estos acontecimientos se acompañan de una religión formalizada que, como en el resto de las civilizaciones de la Antigüedad, se asienta en la tradición agrícola que la sustenta; de ahí, que las deidades básicas estén dedicadas a la lluvia, al fuego, al sol, al trueno y, en especial, al principal alimento de los pueblos mesoamericanos, el maíz, además de otras divinidades referentes al mundo de ultratumba. Una religión que, convenientemente manipulada, sirvió como estrategia de poder de los gobernantes mayas.

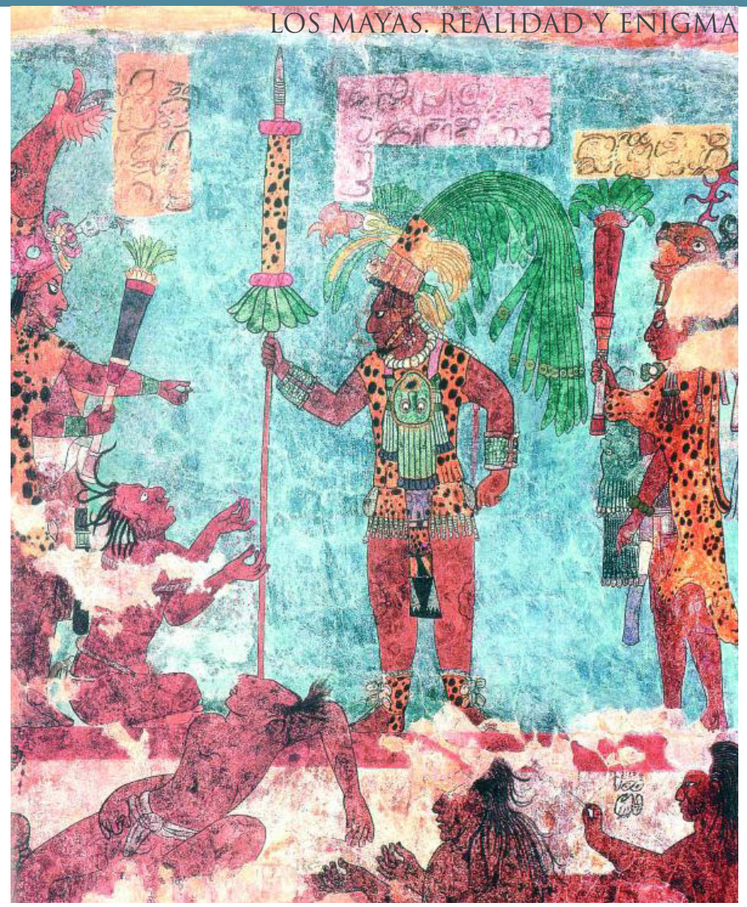
Tal proceso está reflejado por una elaborada iconografía a base de mascarones de estuco colocados en los basamentos de los templos, mediante los cuales los reyes difunden una ideología que los sitúa en el centro del universo, interfiriendo en la órbita del Sol y de Venus. El uso de cerámica especializada y de utensilios exóticos muestra el incremento de las jerarquías sociales y la presencia de una clase gobernante cada vez más rica y poderosa, que deja huella de su existencia mediante la construcción de lujosas tumbas que contienen un sofisticado inventario de bienes de lujo importados.

Esplendor urbano

El complicado proceso de manipulación de la ideología colectiva por los gobernantes culmina en el período Clásico (250-1000 d.C.), y viene anunciado por el desplazamiento de los mascarones que decoran los templos-pirámide por estelas y altares tallados con las imágenes de los reyes, acompañados por textos en los que sancionan la legitimidad de su poder y narran los acontecimientos más relevantes de su mandato.

Las ciudades se hacen aún más complejas y se pueblan de templos, palacios, juegos de pelota, santuarios, calzadas y construcciones abovedadas más sofisticadas y específicas. Todo ello acompañado por una agricultura intensiva que logra altos niveles de producción de alimentos, un comercio especializado a larga distancia y una sociedad estratificada, cuyos artesanos producen bellas obras de arte.

Las comunidades mayas se organizan en ciudades-estado autónomas, dirigidas por reyes que legitiman su poder en el origen divino de sus antepasados y actúan de intermediarios entre las divinidades y la comunidad humana. No podríamos decir que el rey maya –*k'uhul ajaw*–, "sagrado señor", se consideró un dios a la



Detalle de un **mural del *Templo de las Pinturas* o *Estructura I* de Bomanpak** (Chiapas, México), donde se relatan sucesos del reinado de Chaan Muan II, de finales del siglo VIII.

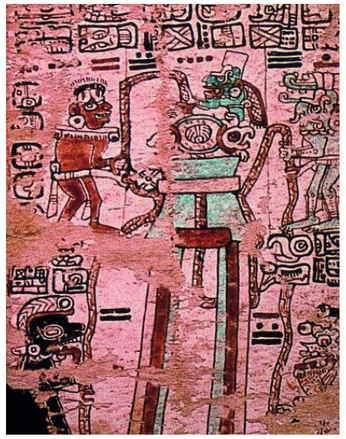
Los sacrificios humanos

El sacrificio humano, por aberrante que parezca en la actualidad, es un rasgo cultural ligado a la historia humana, haya sido realizado con fines religiosos, políticos o para depurar a individuos antisociales. Los mayas prehispánicos no fueron ajenos a esta práctica, aunque la información arqueológica, etnohistórica o histórica acerca de sacrificios masivos es escasa y permite pensar que no ocupó un papel central en su cultura.

Los mayas formaron parte de la civilización mesoamericana, para la que el sacrificio humano está identificado desde 6000 a.C., quizá diseñado para capturar la espiritualidad de un individuo, como un medio para contactar con el mundo espiritual.

La información disponible vincula el sacrificio humano entre los mayas con rituales realizados exclusivamente por el Rey, quien, en su doble calidad de gran sacerdote y sacrificador y a la vez jefe político y militar, utilizó a personajes de élite capturados en el campo de batalla para aumentar su carisma y su poder político-territorial; ocasionalmente, algunos sacrificados acompañaron al gobernante en su viaje después de su muerte, como ocurre en la renombrada tumba de K'inich Janaab' Pakal I de Palenque.

Visto desde esta óptica, el sacrificio humano –sea por decapitación o por extracción del corazón, desmembramiento, ahorcamiento, destripamiento, asaetamiento o por fuego– se muestra en íntima conexión con la guerra y, si bien es presentado en la iconografía como un acto ritual, fue esencial para inspirar terror político. La ritualización del sacrificio permitió que los reyes aseguraran una y otra vez a sus súbdito la continuidad de los ciclos de tiempo y de la regeneración de la vida, y sirvió para explicar comportamientos del más allá, con dioses sacrificadores. Estas prácticas estuvieron acompañadas por otras de humillación de los cautivos, que incluían el despojo de sus signos de rango, de prestigio e identidad, su desnudez y desaliño personal.



Cuatro dioses mayas rodean un templo unidos por una cuerda que perfora sus falos erectos *(Códice de Madrid,* M. de América).

Después de 1000 d.C., el sacrificio humano se transformó en un importante foco ritual, como consecuencia de la introducción de nuevos cultos a la Serpiente Emplumada y asociado también al juego de pelota: tuvo entonces una función esencial de pago y alimento a los dioses, en reciprocidad de aquellas deidades que habían dado su sangre para crear a la Humanidad. A partir de estos momentos se hace más común el sacrificio humano en la imaginería, y aparecen las primeras estructuras especializadas que lo magnifican, como los altares de cráneos –tzomplantli– situados en el corazón de las ciudades. A.C.

manera de los faraones egipcios, pero sí que tenía una esencia de divinidad que le separaba del resto del cuerpo social y que se reservó un papel divino tras su muerte, transformándose en una deidad relacionada con la fertilidad, en especial en el dios del maíz o el de la lluvia.

Los suntuosos palacios, el lujo material y las obras de arte destinadas a la representación de unos soberanos plenamente conscientes de su condición, dan testimonio de una sociedad cortesana muy evolucionada. Las cortes mayas estuvieron pobladas por una amplia variedad de aristócratas que ostentaron títulos, cargos y rangos diferentes y se encargaron de la burocracia del palacio y del control del territorio. Todos ellos requirieron de los servicios de centenares de personas y reflejaron su posición por medio de la arquitectura, y de ricas ofrendas depositadas en sus lugares de habitación y de culto y en sus recintos funerarios.

La organización territorial en ciudades-estado autónomas propició la heterogeneidad cultural, de modo que existieron sofisticadas diferencias de tradición que se manifiestan en el arte y confieren gran riqueza cromática y formal a esta cultura: los estilos arquitectónicos y la existencia de diversas escuelas estatales de manufactura y decoración cerámica dan cuenta, por ejemplo, de esta situación.

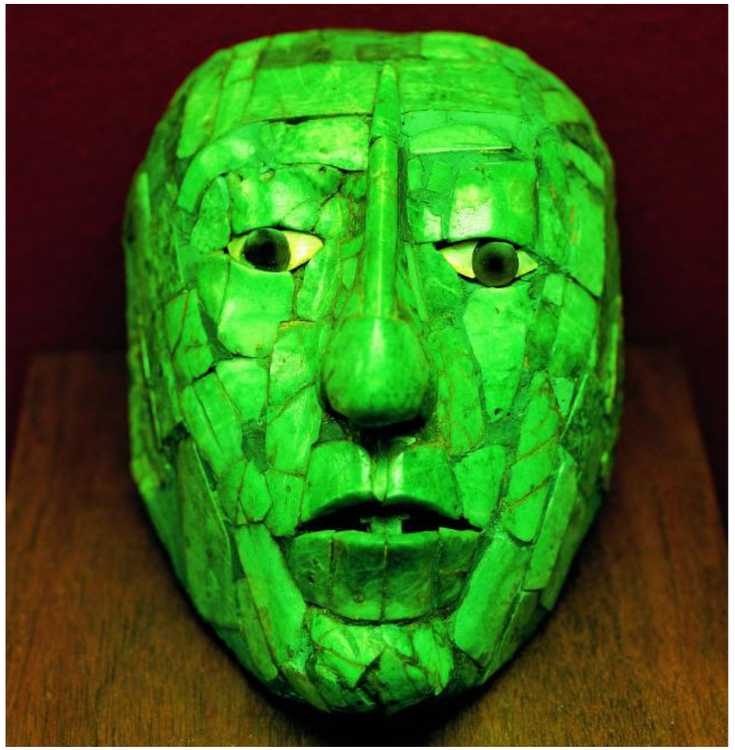
Una sofisticada cultura

Un elemento que define de forma meridiana la cultura de la aristocracia es la escritura jeroglífica, que pone de manifiesto que los mayas participaron de uno de los conocimientos más evolucionados de la Historia de la Humanidad; son miles los textos que, consignados en madera, piedra, murales, cerámicas, joyas y libros, registran las biografías, hazañas y costumbres de los reyes y sus cortes. De un modo similar a las escrituras egipcia, hitita o sumeria, la maya se compone de signos logográficos y fonéticos, de los cuales se han registrado más de 800, cuyo desciframiento se halla en un momento de gran madurez.

También define la sofisticación de la Corte maya el conocimiento científico del comportamiento de los astros y del calendario. Los hombres de ciencia se dieron cuenta de que los cuerpos celestes más relevantes tenían un comportamiento cíclico. Por eso pensaron que el tiempo era cíclico y el espacio también, y que formaban un *continuum* por el que deambulaban el sol y los cuerpos celestes. Su sistematización permitió a la Corte dotarse de una herramienta que les alejó aún más del cuerpo social.

Con un sistema que incluía accidentes naturales, estructuras arquitectónicas, señales y edificios especializados –como los Complejos de Ritual Público, el Caracol de Chichén o la torre de Palenque–, construyeron elaborados ciclos calendáricos, asentados en un sofisticado sistema matemático: la invención del 0 les permitió la creación de un sistema vigesimal y establecer cálculos que conducen al infinito, a partir de posiciones que multiplicaban por 20.

El sabio maya acopló este sistema aritmético al calendario y situó, como los romanos y los árabes, un punto mítico de partida en el 13 de agosto del año 3114 a.C. El momento culminante resultó cuando estos cálculos aritméticos se trasladaron a la cerámica, la concha, el jade y, sobre todo, a la piedra monumental junto a la figura del gobernante. Este sistema se denominó Cuenta Larga o Serie Inicial, por contar con un Glifo Introductorio, y se utilizó para contar la Historia maya.



Máscara de jade del rey Pakal, gobernante de Palenque en el siglo VIII, cuya tumba se descubrió en el Templo de las Inscripciones de esa ciudad, México D. F., Museo Nacional de Antropología.

Ciclos, astros, dioses

La concepción cíclica del tiempo y del espacio permitió a los gobernantes conocer el pasado y determinar el devenir mediante la práctica ritual. Una vez más, el conocimiento de los astros les resultó de gran valor; si conseguían explicar la revolución del sol, podían manejarla, y la experiencia les dio oportunidades suficientes para ello: los mayas registraron eclipses de sol y de luna, incluso aquellos que afectaban a zonas alejadas de sus territorios. Sus libros jeroglíficos están llenos de tablas de diversos planetas, cuyo manejo por los sacerdotes, en combinación con el ritual, hizo posible la manipulación del presente y del futuro.

Si los cuerpos celestes y el espacio en que se instalan son cíclicos ¿por qué no tener los dioses el mismo comportamiento? Dioses y estrellas pudieron actuar como el sol, atravesando el firmamento y bajando al inframundo para volver a renacer en una rueda que no tenía fin. Y el gobernante, un ser divinizado por su propio cargo, no era otra cosa sino otra estrella que seguía los pasos del sol y, favorecido por el monopolio de los rituales de Estado, se consideraba el eje del mundo, el único garante del orden cósmico en la tierra.

Dignatario maya arrodillado, en la *Estela 40* de Piedras Negras, fechada el 4-6-746, Ciudad de Guatemala, Museo Arqueológico.

Con estos ingredientes insertados en una religión de carácter animista, el ritual y las prácticas chamanísticas situaron a cada individuo en el lugar que le corresponde. El paisaje construido maya estuvo jalonado de portales simbólicos que conectaron con el ambiente en que vivieron los dioses y los antepasados, los cuales fueron cruciales a la hora de escenificar los dramas en que los señores realizaban sus ritos de transformación: de las puertas de los templos, cuevas, juegos de pelota e, incluso, de objetos como platos polícromos, emanó una sustancia que tenía esencia divina y que los mayas denominaron *itz*, un término ligado a las secreciones del ser humano y otras sustancias, tales como resina de árbol, cera de abejas o granos de maíz. La quema de estas sustancias y de algunos otros objetos "con alma", como papel de corteza de árbol, copal, jade y la sangre del gobernante, permitieron a los reyes –junto con determinadas prácticas de alteración de la conciencia– entrar en trance y contactar con los dioses y con sus antepasados para conjurarles y hacerles intervenir en sus rituales. El resultado de este contacto se comunicaba a los asistentes al ritual por medio de la danza estática y de cantos, en la que los oficiantes se comportaban con actitudes propias de los seres divinos.

Además del sacrificio personal, los dirigentes realizaron otros grandes rituales, como el sacrificio humano y el juego de pelota, muy útil éste para afianzar su poder mediante la reactivación de un antiguo mito que refiere a la creación maya y que fue instrumentado por los reyes para identificarse con aquellas divinidades que vencieron a los dioses de la muerte y para explicar su renacimiento como seres sobrenaturales.

Recinto del **juego de pelota de la ciudad de Cobà (Yucatán),** fundada en el Período Clásico y que pervivió en el Posclásico.

Disco de Chinkultic, con un jugador de pelota rodeado por una cenefa de glifos, 590 d C., México D.F., Museo Nacional de Antropología.

Esta religión animista era compartida por todo el cuerpo social, pero a la vez fue sobrepasada por otra que tenía una esencia más urbana, diseñada por la realeza y la Corte. Ellos fueron quienes crearon una religión formalizada, en que los dioses no eran considerados como seres abstractos originados en el tiempo de la creación y asociados a un espacio metafísico distinto –como el dios cristiano–, sino que compartían ciertos aspectos del desarrollo cíclico del ser humano, de la naturaleza y de los astros: los dioses habían nacido en un momento determinado, necesitaban alimentarse, podían sufrir por el desentendimiento de los hombres y podían morir.

Una buena parte de estas entidades divinas tenían relación con la fertilidad y con aspectos positivos de la naturaleza, como la lluvia (*Ch'aak)*, el viento, el sol *(K'inich Ajaw)*, el trueno, el cielo *(Itzamnaaj)* o el dios de la realeza *(K'awiil)*, o también deidades propias de cultos celebrados en ciudades específicas. Una divinidad esencial fue el dios del maíz, *Hun Nal Ye,* por su capacidad de proporcionar riqueza y prosperidad; por ello, el ciclo de la planta sirvió de metáfora para el ciclo de vida del gobernante y para su regeneración como un dios tras su muerte. Estos dioses tuvieron sus propios avatares nocturnos, que gobernaron el inframundo y estuvieron relacionados con la enfermedad, la desgracia de las comunidades y la muerte. Los *wayob',* un alter ego o coesencia de los seres humanos concebidos como un aspecto del alma que se aparece a los seres vivos mediante sueños, constituyeron una categoría especial de sobrenaturales.

Esta sociedad urbana y cortesana altamente sofisticada empezó a mostrar síntomas de deterioro y cambio desde finales del siglo VIII, de manera que en regiones del Usumacinta, Petén y Motagua se inició un proceso definido por el cese de las actividades de la élite que culminaría con el abandono parcial o total de las ciudades. Decayó entonces la construcción de arquitectura pública, la erección de monumentos dinásticos, la manufactura y distribución de bienes de lujo y la vida de la Corte. El fenómeno no fue general, pero sí bastante extendido.

Todas las civilizaciones de la Antigüedad han sufrido transformaciones de esta naturaleza –el antiguo Egipto, Minos o el imperio hitita constituyen ejemplos al respecto–, aunque en la zona maya ha alcanzado un elevado grado de misterio y de especulación, que poco a poco se está desvelando. Las causas definitivas del "colapso" de la civilización maya están aún por determinar, pero parece claro que procesos internos y externos produjeron una transformación gradual de las bases sociales, políticas, económicas e ideológicas de la sociedad, y con ella una reorientación de profundo significado cultural que había afectado a todo el mundo maya hacia el 1000 d.C.

Un "nuevo orden"

Una de las consecuencias de este cambio sería una gran concentración de la población en el norte del Yucatán y los lagos de Petén y el clímax de ciudades como Uxmal o Chichén Itzá, quedando deshabitada buena parte del área que había protagonizado la civilización maya del Clásico. Se inicia ahora una etapa en que Mesoamérica se adentra hacia una estructura de sistema mundial, y se reproducen interesantes fenómenos de secularización y sincretismo cultural, con más estrechos intercambios de conceptos, ideas y modos de vida con otras culturas de México y Centroamérica.

En el pasado, los arqueólogos consideraron "decadente" este período Posclásico que concluye con la conquista por los españoles (1000-1521/1697 d.C.). Una arquitectura menos suntuosa, ajuares elitistas más sencillos y una escultura menos sofisticada, junto a un *corpus* de escritura jeroglífica reducido, hicieron pensar a los expertos que esta etapa era equivalente a una regresión cultural. Hoy día se ha comprobado la existencia de una muy compleja estructura económica y organizativa para el Posclásico, así como de avances científicos e iconográficos y el mantenimiento de los registros escritos, que obligan a interpretar de manera distinta los connotados cambios que hemos determinado entre el Clásico y el Posclásico.

Estos procesos vienen alentados por nuevos cultos –muchos de ellos relacionados con la veneración de la Serpiente Emplumada– que enfatizan el militarismo y el sacrificio humano, y que se expanden gracias al reforzamiento del intercambio internacional mediante embarcaciones que circundan la península de Yucatán para llegar a América Central.

Los documentos escritos en grafías latinas que recogen la memoria histórica maya, narran las fortunas de ciudades como Chichén Itzá, Mayapán, Izamal y otras muchas más, y documentan un sistema político que, si bien tan jerarquizado o más que el vigente en el Clásico, había dejado atrás la fuente carismática del poder real y se veía obligado a un nuevo diseño de la estructura socio-política, del paisaje construido y de la iconografía que justificaba el orden social.

Estos mismos textos señalan que después de 1450, con la decadencia de Mayapán, se produjo una gran fragmentación política en provincias autóctonas, que perduraría hasta el contacto con los españoles en 1511. En las Tierras Altas de Guatemala el proceso es paralelo, pero desde 1250 surgieron Estados independientes con un alto grado de integración política. Quichés, Cakchiqueles, Tzutuhiles y Mames se disputaban los Altos, desde donde presentaron una fuerte resistencia a las tropas españolas que invadieron el área en 1521. Aún hubo un último núcleo de resistencia maya en medio del control español, Tayasal, que resistió a orillas del actual lago guatemalteco Petén Itzá hasta su conquista en 1697.

Finalmente, el contacto con el Imperio español produce cambios muy dramáticos, tanto en el aspecto demográfico, con poblaciones diezmadas por la guerra y las enfermedades, como en el cultural. Nunca más se elevarán grandes templos ni juegos de pelota, la escritura jeroglífica será sustituida por el alfabeto castellano, su religión, por la cristiana, y su ciencia matemática y astronómica, por la occidental.■

Los mayas hoy

Tras la conquista por los españoles, la sociedad colonial novohispana subsumió las distintas particularidades indígenas bajo el homogeneizador concepto de indio que supuso, de hecho, la desaparición en el imaginario criollo tanto de los mayas como del resto de grupos étnicos. Sin embargo, ocultos tras tan generalizadora noción, los grupos mayances siguieron evolucionando y adaptándose a las cambiantes condiciones sociales y ambientales. De ello tuvieron fehaciente prueba los próceres coloniales cuando, avanzado el siglo XVIII, la cultura maya fue revitalizada como consecuencia de una rebelión yucateca con la que los indígenas creyeron cumplir las profecías de los sagrados libros del *Chilam Balam.*

Las luchas entre liberales y conservadores, con los indígenas siempre como carne de cañón, y los procesos subsiguientes a las independencias nacionales hicieron que las diferencias entre grupos que pertenecían a un gran tronco común se fueran acrecentando. Los vaivenes políticos y económicos, así como las fuertes transformaciones ambientales, incidieron en la misma dirección. Pero, velados tras unos y otros, los mayas siguieron caminando hasta nuestros días.

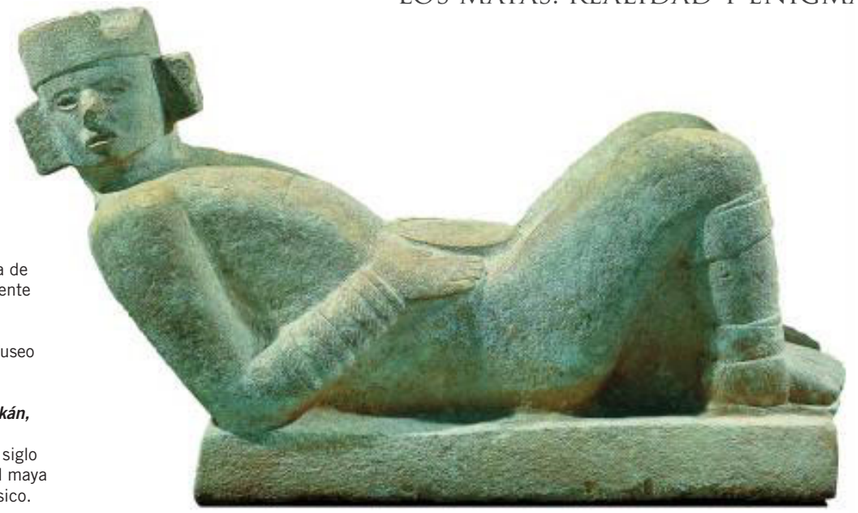
El anuncio, en octubre de 1992, de que el Premio Nobel de la Paz de ese año sería entregado a Rigoberta Menchú hizo percatarse por vez primera a gran parte del mundo occidental o, al menos europeo, de que los mayas no habían desaparecido totalmente. Si poco fuera este aldabonazo, el 1 de enero de 1994, y tras la estela de un enmascarado que fuma en pipa, centenares de indígenas, en su inmensa mayoría mayas, se alzaron en armas en el estado mexicano de Chiapas. Estos acontecimientos de la pasada década colocaron a los mayas en la estela de la actualidad. El exotismo que algunos habían utilizado como guía para acceder al conocimiento de los templos de Yucatán, Chiapas o Guatemala, se enfrentaba así con la contundencia de los modos de vida particulares de quienes legítimamente se consideran herederos de sus constructores y se distribuyen por tierras desde el Golfo de México al Pacífico, desde la mexicana península yucateca hasta Honduras, con una incursión en El Salvador, incluyendo, cómo no, a Guatemala y Belice.

Mujeres tsotsiles en una manifestación por el primer aniversario de la matanza de Acteal (Chiapas), diciembre de 1998.

La aparición de universidades interculturales, o directamente mayas, con presencia de los grupos indígenas que por tal se tienen, es sólo la punta de lanza de la recuperación de una identidad que, con altibajos, ha pervivido en el último milenio. Y así, hoy, tan mayas son los lacandones, un pueblo que llegó a la selva de su nombre desde el Petén guatemalteco y que ve el turista vendiendo artesanías a las puertas de Palenque (México), como los que lo reciben después en Chichicastenango (Guatemala) o las cercanías de Copán (Honduras). Es más, cerca de una treintena de lenguas de común origen –chol, tseltal, tsotsil, kanjobal, tojolabal, chontal, cakchiquel, kekchi, ixil, izta, mopan....– son todavía hoy habladas por varios millones de hijos del maíz. Sólo falta que quien recorre la *Riviera Maya* sea capaz de escucharlas. mirando al presente sin dejar de asombrarse por el pasado.

PEDRO TOMÉ, CSIC.

Pirámides y reyes



Escultura en piedra de ***Chac Mool,*** procedente de Chichén Itzá (Yucatán, México), siglo XI, Mérida, Museo Regional.

Pirámide de Kukulkán, en Chichén Itzá (Yucatán, México), siglo XIII, la gran ciudad maya del Período Posclásico.

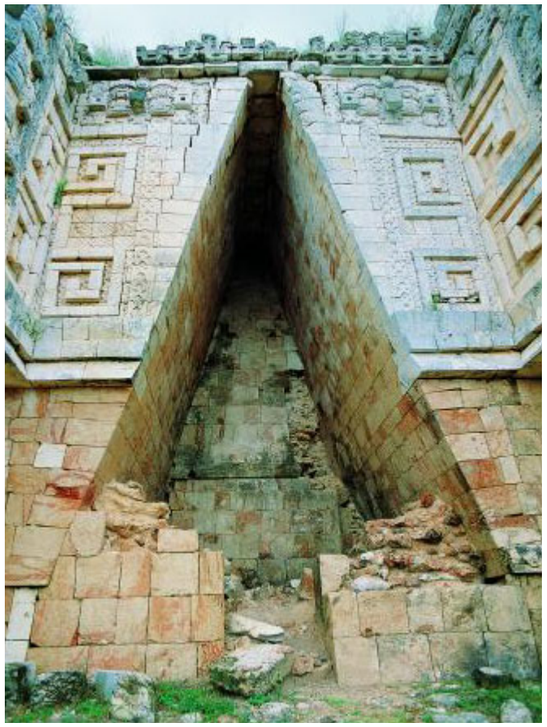
Simbolismo y naturalismo se conjugan en la iconografía de las exquisitas realizaciones artísticas de los pueblos mayas. **María Josefa Iglesias** analiza el talento arquitectónico con el que construyeron sus ciudades y la maestría de escultores y pintores al servicio del poder y la memoria de sus reyes

Parece existir un amplio consenso a la hora de calificar al arte maya en general como el de mayor grado de complejidad y de belleza entre los desarrollos artísticos mesoamericanos, e incluso americanos en general. Ello se debe, en parte, a la mayor profundidad histórica de esa excepcional cultura, ya que, aunque alcanza sus máximas cotas en el período Clásico (250 -1000 d.C.), es a partir del Preclásico (2000 a.C.-250 d.C.) cuando empiezan a definirse estilos e iconografías que –con obvias variaciones– subsistirán hasta el siglo XVI.

Si bien es cierto que los mayas comparten numerosos rasgos culturales con sus sucesivos contemporáneos mesoamericanos, fueron ellos los que mostraron una mayor exquisitez al plasmar en una amplia variedad de materiales orgánicos, como madera o hueso, e inorgánicos, como diferentes tipos de piedras, cerámica o concha, una iconografía plural capaz de aunar simbolismo y naturalismo de forma magistral, y a los que hay que añadir la presencia del sistema de escritura jeroglífica más complejo de América, que –muy a menudo– acompaña y complementa las imágenes.

Durante muchos años, se habló de un arte maya cuyos temas estaban centrados en aspectos puramente sobrenaturales o cosmogónicos, cuando en realidad el eje central es sin duda la figura humana, y de manera más evidente el rey o *k'uhul ajaw,* en torno al que gira todo el sistema figurativo. Y en relación

María Josefa Iglesias Ponce de León es profesora de Historia de América, UCM.



Detalle del llamado **Palacio del Gobernador,** en Uxmal (Yucatán, México), ciudad floreciente a finales del Período Clásico. A la izquierda, según el dibujo de F. Catherwood, que ilustra el *Viaje por América Central, Chiapas y Yucatán,* de J. Ll. Stephens (1841); a la derecha, en la actualidad.

con él y su grandeza, una de las representaciones más explícitas es la de la guerra, apareciendo el gobernante, recubierto de una extraordinaria vestimenta, con cautivos atados o sangrantes a sus pies, y tanto en pintura mural como en piedra tallada. Asimismo, no es inhabitual la imagen de gobernantes realizando un autosacrificio de sangrado. En muchos sentidos, el arte maya es un arte esencialmente antropocéntrico y realista, ya que una buena parte de lo representado existió realmente.

Como corresponde a una sociedad agrícola, el Dios del Maíz, está presente en murales, cerámicas y talla en piedra

En otros momentos y contextos, este arte es usado para representar un mundo sobrenatural poblado de dioses, entidades, sustancias y elementos que no existen en la realidad, siendo por ello muy difíciles de interpretar. Entre los dioses más representados destacaría *K'awiil,* una deidad que suele aparecer como cetro en manos de los gobernantes, y cuyo rasgo principal es una antorcha humeante que sale de su frente. Como corresponde a una sociedad agrícola, *Hun Nal Ye,* el Dios del Maíz, está frecuentemente presente en murales tempranos, cerámicas y talla en piedra, seguido de otras deidades, asimismo, relacionadas con la tierra donadora de vida y alimento, como *Itzamnaaj* (cielo), *Ch'aak* (lluvia) y *K'inich Ajaw* (sol). En opinión de numerosos especialistas, la mayoría de estas deidades forma parte del mito maya de creación del mundo, el gran tema subyacente en el arte maya.

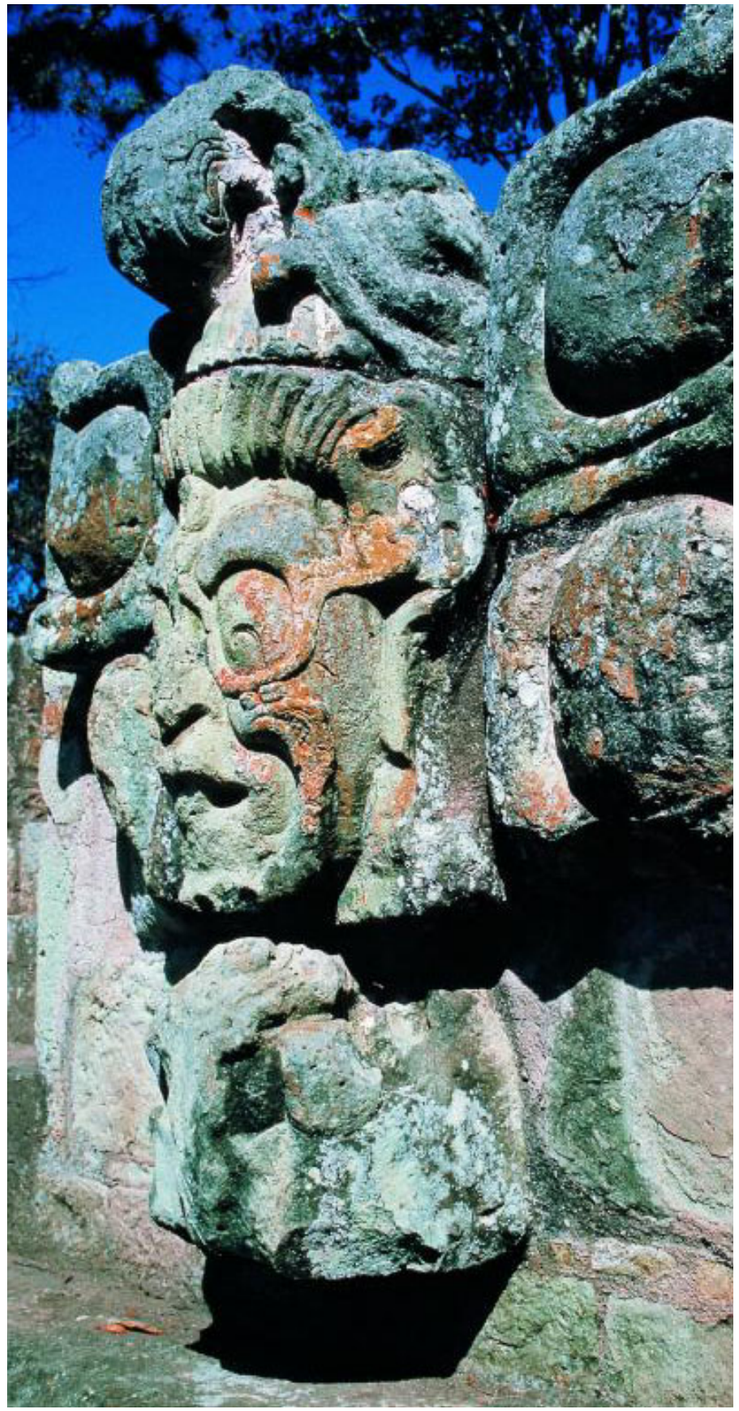
Todo esto lleva a reflexionar acerca de la doble función que este arte, inevitablemente elitista, cumple: por un lado, ensalzar y legitimar la figura del Rey, situándole en la parte más elevada de la sociedad maya; por otro, usar las imágenes para dar una forma tangible al complejo e inalcanzable mundo sobrenatural. En realidad, los dos aspectos están forzosamente unidos, por ser los reyes elementos intermediarios de lo cotidiano y lo supranatural. Y, si bien en los inicios de las representaciones artísticas fueron enormes mascarones de dioses los que cubrían los basamentos de los edificios centrales de las ciudades, poco a poco serán las estelas o el complejo estela-altar los que adquieran una mayor importancia en la transmisión de información de cósmica a histórico/cósmica, pasando a ser los mascarones un elemento decorativo más, junto a cresterías, frisos, dinteles, etcétera.

Diversos estilos arquitectónicos

No pueden aislarse en ningún caso las representaciones citadas –humanas o divinas– del que será un soporte fundamental: la arquitectura monumental. La solución a la necesidad de los gobernantes de transmitir/compartir/imponer su realidad sociopolítica y cosmogónica, pasa por un acrecentamiento del concepto primigenio, ancestral, del espacio habitacional –choza y patio– en que se transforman plazas y edificios monumentales. Ambos elementos están hechos para servir al tiempo de escenarios y plateas donde se desarrollan rituales comunitarios. En las plazas –quizá la reproducción simbólica del Mar Primordial en el que flota el mundo– se sitúan los espectadores y los soportes legitimadores, estelas y altares; los templos –las Montañas Sagradas– son ocupados por los factores de los rituales, aquellos que son capaces de controlar el presente y predecir el futuro.

La variedad ecológica del área maya y su conformación territorial en ciudades-estado, hace que no estemos ante elementos espacialmente homogéneos en lo que se refiere a estilos en arquitectura monumental y en otros soportes para la ideología (piedra tallada, cerámica). Al contrario, a pesar de que el sustrato iconográfico y muchos rasgos estructurales son los mismos, es fácil identificar estilos regionales diferenciados en la península de Yucatán (Chenes, Río Bec

Nacimiento de una deidad, que emerge de una planta. Cerámica maya de la isla Jaína (Campeche, México), Período Clásico.



Representación de Venus en un mascarón pétreo del gran centro ceremonial de la ciudad maya de Copán (Honduras), Período Clásico, siglo VIII d.C.

y Puuc), Petén, cuencas de los ríos Usumacinta o Motagua, Altiplano o zona Sureste, que muestran en ello una dinámica variedad de respuestas culturales.

Sobre esta cambiante arquitectura se situó una abundante escultura, variada y, en numerosos casos, majestuosa. Ésta fue realizada tanto en estuco: desde los grandes mascarones preclásicos (El Mirador, Nakbé, Cerros, Komchén) a las excepcionales fachadas modeladas de lugares clásicos (Palenque, Toniná, Ek' Balam), que en ciertas ciudades llegan a ser esculturas virtualmente exentas (Cancuén, Pueblito, Machaquilá), como en mosaicos de piedra tallada, por medio de los cuales se cuajaron literalmente frentes de edificios completos a base de la infinita repetición de mascarones zoomorfos (Kabah), o de una mayor diversidad iconográfica que mezcla mascarones, motivos geométricos, columnillas... (Labná, Uxmal).

En torno al río Usumacinta la forma de expresión artística más habitual, mezcla de imagen y escritura, se realizó por medio de jambas, dinteles, paneles y tronos, espléndidamente tallados (Piedras Negras, Yaxchilán, el propio Palenque), mientras que ciudades emblemáticas pero, hasta cierto punto, distantes (Copán, Naranjo, Dos Pilas) compartieron un rasgo artístico y publicitario tan excepcional como las escalinatas jeroglíficas.

Imágenes del poder real

Pero, sin duda, el instrumento propagandístico por excelencia son las estelas –en numerosas ocasiones acompañadas de altares, asimismo, tallados–, un rasgo surgido en Mesoamérica que tiene sus antecedentes en el área olmeca, y que alcanza entre los mayas su expresión más compleja y refinada, tanto a nivel artístico como ideológico. El elemento principal será la imagen del *k'uhul ajaw* revestido de múltiples elementos distintivos de su rango, a la que suelen añadirse inscripciones jeroglíficas que incluyen fechas, descripciones de la escena presente y/o información sobre los ancestros que legitiman su poder.

Dado que tienen, asimismo, una relación directa con las fórmulas de asentamiento y organización territorial, las estelas poseen sus propias diferencias regionales en aspectos internos y externos. Petén presenta los desarrollos más numerosos (Tikal, Naranjo) y al tiempo más convencionales; guardan unas formas básicas similares –aunque con distintos tamaños–, pero poseen una variedad estilística interna que hace bastante reconocibles sus procedencias. En el extremo sureste del área maya será donde se alcancen los mayores niveles de maestría y originalidad, bien por su tamaño (Quiriguá), bien por aunar en un solo elemento la noción de estela y la técnica naturalista que proporciona la escultura en bulto redondo (Copán).

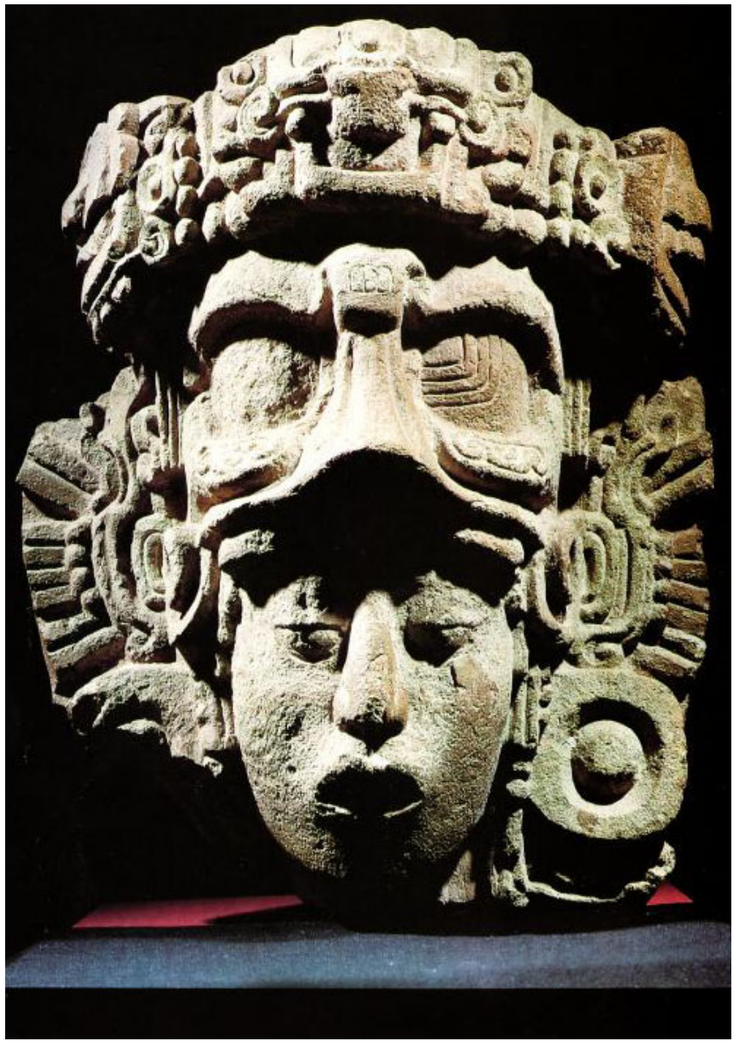
No podía faltar en esta cultura un aspecto del arte tan universal como la pintura mural, aunque sólo en situaciones excepcionales podemos contemplar una mínima parte de esta técnica que cubrió en ciertos casos el exterior de sus edificios, en donde apenas se ha preservado. Son las muestras mejor conservadas de habitaciones de palacios y tumbas las que informan de lo habitual de su uso, desde tiempos tempranos, en contextos de élite para plasmar tanto complejas escenas mitológicas (San Bartolo) como acontecimientos reales y cortesanos (Tikal, Mul Chic, Calakmul, Bonampak).

Relieve en estuco del rostro del *Rey Pakal* de Palenque, Período Clásico tardío, Palenque (Chiapas, México), Museo del Sitio, izquierda.

Disco pétreo para señalización en el juego de la pelota, procedente de la ciudad de Copán (Honduras), 650-850 d.C., Copán, Museo Arqueológico, abajo.

Incensario cerámico zoomorfo, procedente del Valle de Sula (Honduras), 700-900 d.C., Tegucigalpa, Galería Nacional de Arte.

Jarro cerámico negro, con representación antropomorfa, procedente de Las Sepulturas, 600-900 d.C., Copán, Museo Arqueológico.



Cabeza humana con tocado zoomorfo, esculpida en piedra volcánica, 695-738 d.C., del Centro Ceremonial de Copán (Honduras). Actualmente en el Museo Arqueológico de Copán.

Como no podía ser de otra forma, una capacidad artística tan refinada como la maya se plasmó, asimismo, en una multiplicidad de objetos de tamaño menor, usados por las élites tanto en su vida diaria como en eventos extraordinarios. El surtido de materiales en los que fueron fabricados expresa, por una parte, la excelente adecuación técnica de los artesanos locales y mesoamericanos a los diversos medios ambientes, que se ve de manera patente en el intercambio de bienes de lujo con otras zonas, y por otra, la importancia que tuvo la posesión y uso de estos objetos por parte de las élites gobernantes, como reafirmación de su estatus y poder frente a propios y extraños.

Si bien es cierto que un importante porcentaje del ajuar artístico –todo aquél fabricado en materiales perecederos– no ha llegado a nuestras manos, y apenas podemos vislumbrarlo a través de la iconografía preservada o los hallazgos excepcionales, sí contamos con espléndidos trabajos en piedras de fácil obtención (obsidiana, pedernal) o más excepcionales (jade, turquesa), sobre las

que se realizaron objetos de estatus y adorno personal que aparecen de forma recurrente en contextos rituales y funerarios (vasijas, collares, orejeras, pectorales). Otros objetos, asimismo, recurrentes en los mismos contextos elitistas son los realizados en concha –preferentemente marinas– y hueso, en los que se alcanzó un refinado grado de expresión artística.

Pero es la manipulación de la arcilla, ese elemento tan maleable a nivel físico y cultural, y su resultante, la cerámica –especialmente en forma de vasijas y figurillas–, donde se plasmó el mayor grado de complejidad artística y conceptual. Partiendo de una depurada tecnología, alcanzada desde tiempos tempranos, se llega a una variedad de formas y decoraciones en la que cabe expresar todos los mundos reales e irreales, terrenos y acuáticos, humanos y divinos que los mayas crearon a lo largo de cientos de años de desarrollo.

Urna funeraria polícroma, con decoración zoomorfa y antropomorfa, Período Clásico maya, Guatemala, Museo Popol Vuh.

Repertorio múltiple

Y si bien en el Preclásico prima la monocromía y en el Clásico Temprano la incisión y una policromía no figurativa, en el Clásico Tardío vasos cilíndricos y platos con soportes muestran una diversidad de temas que incluyen numerosas escenas palaciegas, bailes de hombres y dioses, procesiones, juego de pelota y otros contenidos complejos de difícil interpretación por hundir sus raíces en la mitología maya. Su disfrute estuvo restringido a la élite, que las utilizó durante su vida y después fueron depositadas en las tumbas para servirles en el más allá. A través del estudio de los cientos de ejemplares hallados, tanto en contexto arqueológico como procedentes de colecciones públicas y privadas, se han reconocido diversas escuelas de manufactura que se ajustan a las realidades sociopolíticas existentes.

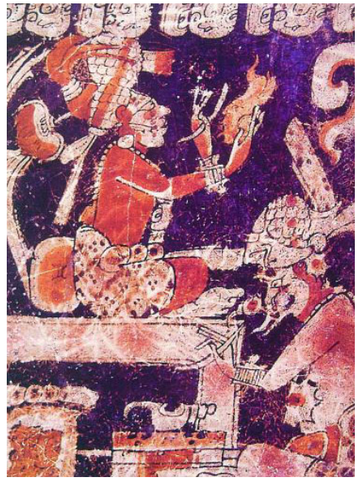
Las figurillas cerámicas, presentes en el ajuar cultural maya durante el Preclásico y a partir del Clásico Tardío, destacan, asimismo, por constituir un amplio catálogo tanto de las actividades diarias como de la sociedad humana y divina que controlaba el mundo de los mayas.

Por último, cabe preguntarse en qué medida la gran masa campesina maya participó de un lenguaje tan sofisticado, ya que difícilmente comprendieron las claves de los diversos elementos artísticos, que a la larga no son sino el reflejo o la plasmación de una forma de ver el cosmos, y que fueron fabricados durante siglos para perpetuar el orden social establecido.

El arte maya, como todos, no está hecho sólo para entenderlo sino también para sentirlo y que sirva de correa de transmisión ideológica entre los diferentes estamentos sociales. Si el campesino maya entendió y asumió por medio de las diversas expresiones artísticas cuál era su lugar en el mundo, cabe pensar que, independientemente de que sea importante el que su estética fascine a los hombres y mujeres de hoy, fue, sin duda, un buen arte. ■

Bajo el signo de los astros

Una escritura jeroglífica, un eficaz sistema aritmético y calendarios muy precisos dan la medida del nivel cultural y científico de los antiguos mayas. Al analizar las funciones de estos logros, **Alfonso Lacadena** destaca el valor de sus múltiples registros para el estudio de aquella civilización



Un personaje pinta una máscara, mientras un ser fantástico escribe sobre un códice, detalle de un vaso maya del Clásico tardío, Guatemala.

Los antiguos mayas utilizaron uno de los sistemas de escritura más precisos de Mesoamérica. Aunque ellos mismos no fueron los inventores de la escritura –hecho que debe atribuirse a los olmecas, que les precedieron en el tiempo– los mayas lo perfeccionaron y adaptaron a las necesidades fonológicas de su lengua. Desde su adopción en algún momento de la segunda mitad del primer milenio antes de Cristo, los mayas utilizaron la escritura de forma ininterrumpida hasta finales del siglo XVII, cuando las tropas españolas del general Ursúa conquistaron Tayasal, la capital del último reino maya independiente, el reino itzá, en el corazón de las selvas del Petén, en Guatemala.

La escritura maya es una escritura logo-fonética o jeroglífica, como las escrituras egipcia, sumeria, acadia, luvita, Lineal B y china. Su repertorio de signos incluye logogramas o signos que equivalen a palabras, y fonogramas, signos que se corresponden con fonemas de la lengua. En el caso maya, los fonogramas son de tipo silábico, representando una vocal o una consonante más una vocal. Como otras escrituras logo-fonéticas, los mayas usaron la complementación fonética (añadir uno a más signos fonéticos a un logograma para indicar los fonemas por los que comienza o termina) y el procedimiento rebus (utilizar un logograma no por su significado, sino por su valor de lectura). La utilización de estos recursos dota a la escritura maya de una extraordinaria variabilidad: así, por ejemplo, la palabra *ajaw* "rey, señor" podía escribirse con un logograma (AJAW), con un logograma con complementos fonéticos (a-AJAW, AJAW-wa, a-AJAW-wa) o con signos fonéticos únicamente *(a-ja-wa*). En todos estos casos, la lectura resultante es *ajaw* "rey, señor".

Alfonso Lacadena García-Gallo es profesor de Historia de América, UCM.

Sistema aritmético posicional

Junto con la escritura, los mayas adoptaron de sus predecesores mesoamericanos un sistema aritmético y calendárico sumamente preciso. El sistema aritmético era posicional (en el que el valor de los números depende de su posición dentro de la cifra numérica expresada) y vigesimal, con múltiplos de veinte marcando las diferentes posiciones (nuestro sistema aritmético, también posicional, es decimal). La utilización de un sistema aritmético posicional es muy eficaz a la hora de expresar y realizar operaciones con cifras altas. Clave dentro de este sistema posicional fue la noción y uso del cero (*mih,* literalmente "nada"), cuya invención se produjo de forma independiente en Mesoamérica.

Aunque el sistema aritmético no con-

El llamado *Caracol* de Chichén Itzá (Yucatán, México), Período Posclásico. Este edificio, destinado a observatorio astronómico, es uno de los escasos ejemplos de construcción circular en la arquitectura maya.

taba con un sistema fraccionario mediante el que representar valores inferiores a la unidad, los mayas idearon diversos procedimientos para tenerlos en cuenta. Uno de los recursos empleados fue la corrección mediante la alternancia de números enteros. Así, por ejemplo, para operar con meses lunares, cuya duración se estima en 29,5 días, los mayas alternaron meses lunares de 29 y 30 días, neutralizando de este modo la acumulación mensual del desajuste de 0,5 días. En el caso de fracciones en ciclos mayores, los mayas diseñaron tablas de corrección, en las cuales el desajuste observado se neutralizaba proyectando hacia el futuro múltiplos del ciclo hasta que su resultado fuera expresable en números enteros.

El calendario de la Cuenta Larga

Los mayas utilizaron diversos calendarios. En su base se encuentran dos ciclos, uno de 260 días (considerado ritual, base para la adivinación) y otro de 365 días (dividido en 18 meses de veinte días, más cinco días situados al final, de función ritual). Su combinación proporcionaba otro ciclo mayor de aproximadamente 52 años. Otros ciclos utilizados usaban secuencias recurrentes de trece períodos de veinte años, la llamada Rueda de Katunes. Pero de entre todos los sistemas calendáricos usados por los mayas, destaca sin duda por su utilidad y precisión la llamada Cuenta Larga, que insertaba los calendarios de 260 y 365 días en un sistema lineal que contaba los días transcurridos desde un punto de partida –una Era–, situado en un tiempo mítico, el 13 de agosto del año 3114 a.C. Esta Cuenta Larga era un sistema absoluto de datación, que permitía situar inequívocamente en el tiempo un día concreto.

Con estas herramientas –una escritura y un sistema aritmético y calendárico sumamente precisos–, los mayas pudieron registrar la historia, la economía, el ritual y la astronomía de una manera eficaz.

Los mayas escribieron sobre todo tipo de soportes y materiales. Esculpieron y grabaron textos jeroglíficos en piedra, concha, jade y hueso, los modelaron en estuco, los pintaron sobre cerámica, murales, códices de papel de corteza y textiles. Unos quince mil textos conservados dan cuenta de esta producción, cifra que aumenta constantemente con los hallazgos que se producen en las excavaciones arqueológicas en curso. Por el número de textos conservados, el Período Clásico maya (ss. II-X d.C.) suele considerarse el de mayor esplendor de la escritura jeroglífica maya.

Escriba con tintero de caracol cortado y plumilla en sus manos, cerámica del Clásico tardío, procedente de Nakbé, Guatemala.

Un escriba, escultura en piedra volcánica hallada en Las Sepulturas, 700-800 d.C., Copán (Honduras), Museo Arqueológico.

El desciframiento de la escritura maya en las últimas décadas ha permitido acceder a un volumen de información cualificada de valor excepcional. Entre los temas que se encuentran tratados en los textos jeroglíficos mayas destaca el de contenido histórico político, el cual fue esculpido en las estelas y altares que adornan las plazas centrales de las ciudades mayas, en los dinteles, columnas y capiteles de sus palacios y templos, en los paneles empotrados en los muros de los salones del trono o en los murales pintados que ornamentan sus paredes.

Historia, religión, astronomía

Estos textos se refieren a la historia dinástica de los reyes mayas que gobernaban el centenar de reinos en que se dividía políticamente el área. Los textos jeroglíficos nos hablan de su nacimiento, su genealogía, su acceso al trono y celebración de aniversarios, su muerte y entierro, las guerras que mantuvieron con los reinos vecinos y los enemigos capturados en ellas –su nombre y calidad–, los edificios y templos que comisionaron durante su reinado y los rituales que puntualmente cumplieron.

La religión es otro de los temas que se encuentran en los textos jeroglíficos, principalmente en los tres códices conservados, los de Dresde, Madrid y París, aunque también ocasionalmente en otros soportes. Relatos míticos de la Creación, almanaques adivinatorios que indicaban el carácter benigno o maligno de los días o cuándo realizar o evitar determinadas actividades, textos detallando cómo ordenar el ritual con precisas relaciones de ingredientes, instrumentos y ofrendas, o profecías asociadas a los diversos períodos de tiempo (días, meses, años, *katunes* o períodos de 20 años) son muestra de la riqueza de este género.

La astronomía fue interés constante de los mayas. Su curiosidad por los astros les llevó a medir el ciclo orbital de Venus con una precisión notable en 584 días, y posiblemente el de Marte con 720 días. El conocimiento de los ciclos orbitales solar y lunar llevó a los mayas a diseñar complejas tablas para la predicción de eclipses. Pero los mayas no hicieron astronomía en un sentido científico occidental de la palabra, sino astrología. Como otros seres y fuerzas, los astros desempeñaban un papel importante en el cosmos y en la vida de los seres humanos. Así, Venus, por ejemplo, se relacionaba con la fertilidad y la producción agrícola, al tiempo que mostraba su faceta más terrible como estrella de la mañana, cuando surgía como un guerrero destructor produciendo consecuencias nefastas. El interés de los mayas se centraba en conocer y predecir estos eventos astronómicos y conjurarlos mediante la realización de rituales apropiados.

La pirámide del Mago, en Uxmal (Yucatán, México), única por su base elíptica, fue construida en cinco fases, la más antigua, en el siglo VI d.C.

Lamentablemente, apenas se conocen los registros económicos, que sin duda existieron para administrar los complejos Estados mayas, regular la producción y el tributo y controlar a la población mediante censos. Estos contenidos económicos se registraron sin duda en códices de papel de corteza, de difícil conservación en el agresivo medio húmedo tropical. No obstante, se conservan algunas referencias epigráficas excepcionales a la entrega como tributo de ciertas cantidades de pieles de jaguar, manojos de plumas de quetzal, cargas de mantas y granos de cacao, que funcionaban como verdadera moneda.

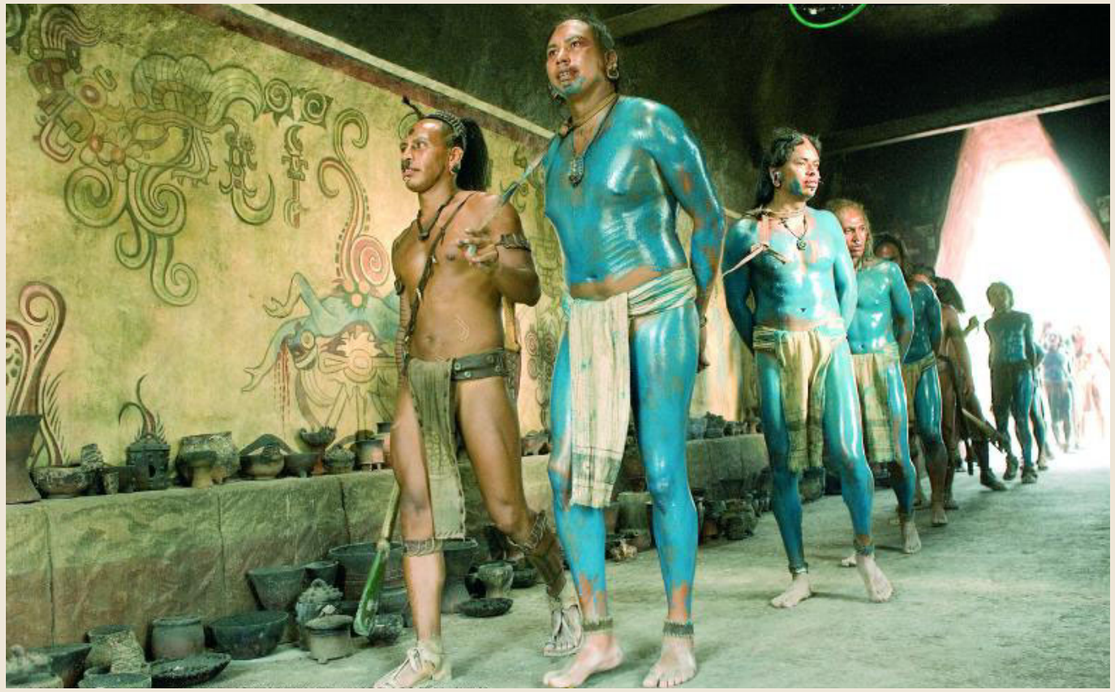
Hoy se sabe que al menos cinco lenguas de la familia maya se registraron en la escritura jeroglífica (formas ancestrales de las lenguas chontal, ch'orti', yucateco, tzeltal y una lengua aún indeterminada del grupo quicheano) en el Período Clásico. De estas lenguas, la forma ancestral del ch'orti' moderno –idioma aún hablado por cincuenta mil personas en el oriente de Guatemala– fungió como lengua escrita de prestigio, empleándose en todo el área maya, traspasando las fronteras políticas y lingüísticas. Esta lengua de prestigio jugó en el Período Clásico maya el mismo papel de lengua franca de comunicación que el acadio en el Próximo Oriente Antiguo o el latín en la Europa Medieval y Moderna.

El cada vez más profundo conocimiento de la gramática de las lenguas escritas ha llevado en los últimos años al descubrimiento de la literatura maya jeroglífica. Una vez que los estudios filológicos de las lenguas mayas del Período Clásico han avanzado lo suficiente, la expresión literaria ha podido ser descubierta. Aliteración, anáfora, enálage, poliptoton, homeoptoton, hipérbole, metáfora, metonimia, optación, difrasismo, hipérbaton o paralelismo son algunos de los recursos literarios identificados. Con sus veinte siglos de duración y su extraordinaria riqueza y expresividad, la literatura maya jeroglífica destaca ya como una de las tradiciones literarias más notables de la Humanidad. ■

El conocimiento de los ciclos orbitales solar y lunar llevó a los mayas a diseñar tablas para la predicción de eclipses

PARA SABER MÁS

Coe, M. D., *El desciframiento de los glifos mayas,* México, Fondo de Cultura Económica, 1995.
Freidel, D.; Schele, L., y Parker, J., *El cosmos maya: tres mil años por la senda de los chamanes,* México, Fondo de Cultura Económica, 1999.
Grube, N., *Los mayas: una civilización milenaria,* Colonia, Könemann, 2001.
Hammond, N., *La antigua civilización maya,* Barcelona, Itsmo, 1987.
Martin, S., y Grube, N., *Crónica de los reyes y reinas mayas: la primera historia de las dinastías mayas,* Barcelona, Crítica, 2002.
Sharer, R. J.; Morley, S. G., y Brainerd, G., *La civilización maya,* México, Fondo de Cultura Económica, 1998.



Los prisioneros, preparados para el sacrificio, son conducidos al templo ceremonial, donde se les arrancará el corazón y serán decapitados.

Los desesperados habitantes de la decadente ciudad maya imploran a gritos el favor de sus dioses, mientras se sacrifica a los prisioneros.

Apocalypto

Inspirada en los enigmas sobre el colapso de los antiguos mayas, la película de Mel Gibson, al tiempo que ayuda a difundir el conocimiento de aquella civilización, también aporta, según advierte **Andrés Ciudad**, notables tergiversaciones, anacronismos y confusiones históricas

El estreno de *Apocalypto,* película dirigida por el australiano Mel Gibson, abre unas expectativas que superan aquéllas estrictamente vinculadas al entretenimiento, para incluir la difusión de conocimientos acerca de una sofisticada civilización: la de los mayas.

La película presenta una pequeña aldea de cazadores en la profundidad de las selvas tropicales mayas, cuya placentera y armónica vida se ve interrumpida de manera violenta por un grupo armado. Los intrusos sorprenden a sus ocupantes, matan a buena parte de ellos –entre otros, al jefe de la aldea– y capturan a los varones adultos. Sólo dejan con vida a unos cuantos niños de supervivencia incierta, mientras se refugian en una cueva la mujer embarazada de Zarpa de Jaguar *(Jaguar Paw)*, el que habrá de ser el protagonista de la película, y un hijo de corta edad.

Sigue a este acontecimiento un largo y penoso traslado de los cautivos, quienes a la llegada a su destino, una ciudad maya, observan con asombro y pavor la vida urbana. Es una ciudad en decadencia, rodeada por campos mal labrados y exhaustos que ocupan ciudadanos desesperados por el hambre y el sistema de vida; a ellos suceden legiones de constructores, que llevan una actividad febril de levantamiento de edificios públicos. Una vez en el centro urbano, los cautivos constatan esa decadencia en la abigarrada e individualista vida de la ciudad y son conducidos –tras un intento de venta de algunos de ellos– a la zona ceremonial, donde los dirigentes se afanan en una práctica continua de sacrificios humanos, con los que intentan enderezar la terca realidad decadente en la que se ven sumidos.

Ya en lo alto del templo, donde se realizan los sacrificios observados por la familia real y por personajes de su Corte, los cautivos comienzan a ser sacrificados mediante la extracción de su corazón y el posterior corte de su cabeza, que son lanzados rodando por las escalinatas del templo. Ocurre entonces un hecho natural fortuito –un eclipse de sol–, que es admirado y temido por el conjunto de la comunidad urbana y que los encargados del ritual sacrificatorio interpretan como una señal de que los dioses estiman positivamente sus ofrendas y dan por concluido ese ciclo de sacrificios.

Consultado el Rey sobre la suerte del resto de los cautivos, decide su muerte en un palenque a las afueras de la ciudad: algunos de ellos son ajusticiados, pero Zarpa de Jaguar, el héroe de *Apocalypto,* logra huir y se inicia una larga y trepidante fuga y persecución que concluirá con la llegada del héroe y sólo dos de sus perseguidores a una costa en la que coinciden con la llegada de tres carabelas españolas. Ante la posibilidad de entregarse a éstos e iniciar un nuevo proyecto cultural mediante su aculturación, decide volver sobre sus pasos y, en compañía de sus ya dos hijos, adentrarse en la selva de la que procedía y, supuestamente, mantener su milenario sistema de vida.

Este breve comentario a la película *Apocalypto* no se hace como espectador, sino como científico dedicado a la reconstrucción del pasado maya.

Como tal, he de concluir que ninguno

Zarpa de Jaguar, el protagonista de *Apocalypto*, junto a otro de los miembros de su aldea de cazadores en la selva tropical maya.

Andrés Ciudad Ruiz es catedrático de Historia de América, UCM.

de los escenarios básicos que se intentan –los mayas rurales como idílicos cazadores *versus* los decadentes mayas de las ciudades sólo saciados por el sacrificio de sus congéneres de la selva– son correctos. Tampoco lo son el acercamiento histórico del "colapso" de la civilización clásica al contacto con los españoles, y otros aspectos menores, como el arte arquitectónico o el origen de los nativos empleados en la película.

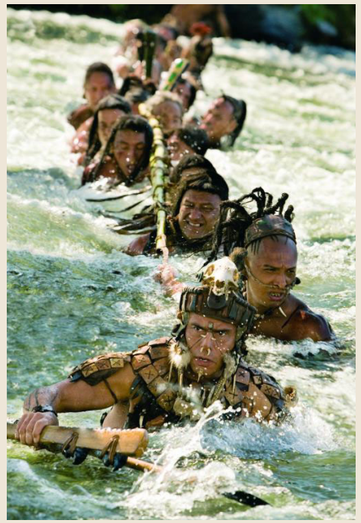
Aunque el uso del yucateco como medio de expresión, la ornamentación de los personajes, su atavío y armamento están bien conseguidos y pueden proyectar una reconstrucción acertada de los mayas del pasado, la visión que se propone sobre esta civilización es confusa y decadente.

Errores, confusiones y mitos

Para millones de personas, éste será el primer acercamiento a la civilización maya, y estas personas no sabrán que fue una de las pocas culturas que logró organizarse en ciudades en un medio ambiente de bosque tropical húmedo, y que para ello necesitó de muy complejos conocimientos, recetas e instituciones culturales.

No hubo aldeas de cazadores mayas tal como se dice en *Apocalypto;* éstos fueron un pueblo agrícola con un sofisticado orden sociopolítico, económico y religioso, que organizó el campo y la ciudad. Aldeas, pueblos y ciudades estuvieron plenamente integrados en un paisaje bien estructurado; sus moradores se conocieron bien y compartieron un amplio recetario de aspectos culturales.

El desigual acceso a la riqueza y el control de recursos y territorios produjo frecuentes enfrentamientos armados entre diversas entidades políticas. La captura de pueblos y el sacrificio humano, tal como se ofrece en *Apocalypto*, no fueron anecdóticos, pero parece del todo inexacto presentar al cazador como "buen salvaje" y al habitante de las ciudades como un individuo violento, sediento de sangre. Es ingenuo, y quizá tendencioso, utilizar la propaganda colonial, española y extranjera, respecto de ciertos aspectos de la sociedad indígena, y obviar cerca de cinco siglos de investigación.



Al frente de la cuerda de presos, **el jefe de los capturadores dirige el cruce de un río** durante el penoso traslado de los aldeanos a la ciudad.

Por otra parte, la mezcla del colapso de la civilización clásica con la llegada de los galeones españoles y los efectos posteriores de la conquista, crea una situación de seria confusión histórica. Si se utiliza para poner en relación dos "colapsos" culturales, la solución es desastrosa: el cambio de estructuras que se produce no es equiparable, tampoco las causas que lo originan ni los efectos que tienen.

El héroe cazador de *Apocalypto* escapa de los españoles y la cristiandad para iniciar un nuevo diseño cultural, lejos de la decadente vida de la ciudad maya…, pero la realidad es que al hombre americano le ha costado milenios conformar estructuras que le permitan vivir en ciudades, y éstas fueron consideradas como el orden perfecto de la creación humana.

Los mitos del buen salvaje y de indios degenerados y violentos son tan antiguos como los primeros contactos con el mundo occidental, y está presente en las concepciones del "otro" a lo largo de la historia humana. También lo está en la larga aventura intelectual del conocimiento social del hombre, y el cine no ha permanecido ajeno a ella. La opción de cada director en esta polémica es importante, pero la historia de Hollywood está plagada de visiones cuasi inhumanas, cercanas al comportamiento animal, de los nativos no-occidentales…, y estas reconstrucciones han modelado –desafortunadamente más que la ciencia– la mentalidad colectiva acerca de esas poblaciones.

Los mayas se suman ahora –ya lo habían hecho con poco éxito en otras ocasiones– a este tipo de reconstrucciones. Sin duda, *Apocalypto* excitará el interés por las selvas mayas y la vida en sus antiguas ciudades, pero inevitablemente los espectadores obtendrán una visión confusa de los sistemas de vida, de las estructuras mentales y comportamientos de sus protagonistas.

No se trata de contrastar un trabajo académico con una ficción, con un divertimento sin más –y no se pretende aquí juzgar la calidad cinematográfica de la obra–; se trata de llamar la atención acerca de la sensibilidad sobre la visión del otro a la que nos obliga el mundo moderno, en que la globalización ha exacerbado sin límites el contacto cultural, y con él las actitudes xenófobas de la diferencia. Se trata, en definitiva, y al margen de la ficción que uno quiera recrear –y reconociendo que la Academia científica ha participado en algunos momentos de los presupuestos que aquí se critican–, de que se superen las viejas polémicas que han provocado los contactos de hombres y culturas distintas a lo largo de la historia. ■

Para conocer la opinión de la comunidad científica acerca de este trabajo, se puede consultar:
www.rctimes.com/apps/pbcs.dll/article?AID=/20061210/ENTERTAINMENT04/612100391/1005MTCN0303
www.washingtonpost.com/wp-dyn/content/article/2006/12/08/AR2006120801815.html

Parece del todo inexacto presentar al cazador como el "buen salvaje" y al habitante de las ciudades como violento

FICHA TÉCNICA

Apocalypto (2006)
Producción: EE UU
Dirección: Mel Gibson
Guión: Mel Gibson y Farhad Safinia
Producción: Mel Gibson y Bruce Davey
Música: James Horner
Fotografía: Dean Semler
Montaje: John Wright
Vestuario: Mayes C. Rubeo
Intérpretes: Rudy Youngblood (Jaguar Paw), Dalia Hernández (Seven), Jonathan Brewer (Blunted), Raoul Trujillo (Zero Wolf), Gerardo Taracena (Middle Eye), Rodolfo Palacios (Snake Ink), Fernando Hernández Pérez (sacerdote), María Isidra Hoil (oráculo).